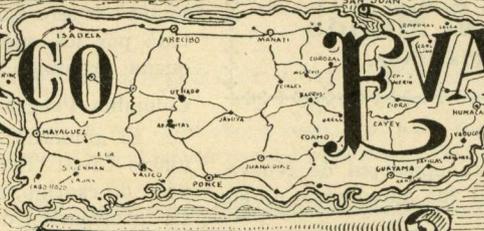


PUERTO RICO EVANGÉLICO

Pro Christo



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Marzo 25, 1924

Núm. 18



Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal, que se reunió en San Juan, febrero 20 al 25 de 1924.

Para los Niños

A cargo de Tomás Ramos Rosario.

CONSEJOS A LOS NIÑOS.

Por la mañana, cuando salgas para la escuela, dale un beso a tu buena mamita; pues un beso a la madre en las primeras horas de la mañana es una oración que Dios recibe con agrado.

Al llegar a la escuela saluda a tu maestro. Los niños corteses recomiendan muy bien su hogar.

Al entrar al salón de clase comienza tu trabajo: estudia, trabaja, atiende y obedece. Esto te hará ganar el amor de tu maestro y el respeto de tus compañeros.

Sé siempre un defensor de los ancianos. Nunca permitas que tus compañeros se rían de las canas, que son símbolo de pureza; ni de los cuerpos doblegados por los años, que son símbolo del trabajo.

El reñir con nuestros hermanitos es una costumbre fea. ¿Verdad que tú nunca acostumbras hacerlo?

Hay un refrán que dice que a boca callada no le entra mosca. ¿Sabes lo que quiere decir esto?

BIOGRAFIA DE WOODROW WILSON.

Woodrow Wilson nació en Staunton, Virginia, en el año 1856. Era descendiente de una buena familia irlandesa.

Su primer maestro fué un exsoldado de la Guerra Civil. Luego estudió en el Colegio Davidson, y después se graduó en las Universidades de Princeton y John Hopkins.

Wilson fué un gran orador y escribía mucho en los periódicos. Wilson fué uno de los políticos más sabios de América. De 1910 a 1912 fué gobernador de New Jersey. Luego la nación americana lo nombró presidente de la nación, puesto que honrosamente desempeñó desde 1913 hasta 1921.

Wilson fué un hombre de un gran corazón, fué un notable pacifista. Era apto para todas las causas grandes.

Con la muerte de Wilson ha caído un gran patricio, ha sucumbido un gran soñador.

Esperanza Concepción.

Nota: Esta composición obtuvo el primer premio en el certamen literario celebrado en la escuela José J. Alvarez, de Caguas, el día 13 de febrero. Su autora es la aplicada alumna de cuarto grado Esperanza Concepción.

LAS NIÑAS MISIONERAS.

Tengo una clase de niñas, de doce a quince años de edad, en mi clase de la escuela bíblica. Cual si fuera en la escuela pública, todas llevan a la clase su lápiz y su libreta para tomar nota cuando explico la lección. Esto demuestra que estas niñas tienen un gran interés en las enseñanzas santas de la Biblia. Todos los domingos por la tarde salen conmigo al campo a celebrar servicios evangélicos, ayudando en el canto, en la oración y en las visitas. Esto nos hace creer que los niños pueden ser misioneros y mensajeros de Cristo. Simpático lector, ¿te gustaría ser como las niñas de mi clase?

T. R. R.

Hogar y Escuela

Dirigido por Abelardo M. Díaz Morales

HOGAR Y ESCUELA.

(Discurso leído por su autor en la conferencia escolar celebrada el domingo 10 de febrero, en la escuela que en el barrio Ceiba dirige la joven profesora Srta. Esperanza Almendro.)

Es innegable que para la buena marcha de una escuela se necesita la recíproca ayuda de los padres de familia y el maestro. Cuando no exista esa cooperación, por buen trabajo que haga este último, por mucho que se esfuerce, no podrá ver realizado todo lo que ambiciona; su labor será deficiente.

A menudo estamos oyendo críticas acerbas contra los pobres maestros y estas críticas provienen de los padres de familia. Hay muchos que se están ocupando del maestro, no para alabarlos, sino para desprestigiarlos ante la opinión pública, pero la opinión pública sensata claramente comprende que el que así se expresa, en la mayor de las veces, no ha estudiado las causas que originan estas críticas.

Vamos a probarlo. Pensemos que estamos en un salón de clase. Solicitemos el registro en poder de la maestra y veamos el número de padres de familia que visitan la escuela. Desgraciadamente vemos que sólo cinco u ocho personas han ido al salón durante el semestre; a veces, durante el año. ¿Es posible que aquel plantel marche bien cuando los padres de familia brillan por su ausencia? ¿Es posible que los niños que asisten a esa escuela puedan hacer un buen trabajo cuando notan que sus padres no se ocupan de visitar aquel salón, como es su deber?

Es que mi negocio no me permite salir, dirá alguno. Mis ocupaciones me roban todo el tiempo, dirá el otro. ¿Y así es como criticáis la labor del maestro sin haber buscado sus causas? Si no visitáis el salón de clase, no tenéis derecho de hablar mal. Si queréis tener derecho, primero recordaos de los deberes. ¿Será que el maestro os está antipático, o es que vuestro hijo os ha contado algo? Si esto último ha sido, investigad bien antes de emitir vuestra opinión. A veces, el maestro tiene razón. El niño ha tergiversado la verdad para evadir el castigo que le espera.

Recordad, padres de familia, que el tesoro más preciado que Dios os ha confiado, son los hijos. ¡Cuánto gozáis con sus juegos! Si queréis ver la sonrisa de un ángel, contemplad la de vuestro propio hijo. ¡Cuánto sufrís cuando éstos se hallan enfermos! Cuando la muerte os los arrebatara, sentís que con su ida os arrancan un pedazo de vuestro corazón. Si ese es el inapreciable tesoro que más debéis cuidar en esta tierra, ¿por qué no ir a la escuela para ver la labor que su maestro está llevando?

Hace algún tiempo asistí a una conferencia escolar. Hablaba al auditorio un inspector y refiriéndose a la apatía que muchos padres sienten por la escuela, se expresó en los siguientes términos: "Bien sé que casi todos Uds. poseen ganado vacuno o caballar. También sé

que ninguno se recogería en la cama antes de dar un vistazo al becerro, la vaca o el caballo. Ver si están en buen pasto o cerca de algún risco. Esto lo hacéis todos los días. Ya es una costumbre en vosotros. ¿Verdad que sí?" "Así mismo es," contestaron a coro casi todos. "Y sin embargo," siguió diciendo el orador, "esto no lo hacéis con vuestros hijos. No vais ni una vez en semana a la escuela para ver el alimento intelectual que reciben. ¿Es que sentís más aprecio por el animal? No puedo imaginarme semejante cosa."

A vosotros, padres de familia, ¿os gustaría que os hicieran semejante pregunta? Hay un adagio muy viejo que dice: "El ojo del amo engorda al caballo." Aplicando ese adagio a vuestros hijos, yo os diría: "El ojo del padre hace progresar al hijo."

El deber que tenéis ante Dios y ante la sociedad es procurar que vuestros hijos se conduzcan por el camino recto. La sociedad donde convivís os tiene puesto el ojo. Evitad que se figuren que más aprecio sentís por un animal que por vuestro hijo.

La labor que hagáis en bien de los hijos resultará en beneficio para ambos. Si cumplís con vuestro deber de padres, vuestros hijos, cuando grandes, con reverencia bendecirán vuestro nombre y honrarán vuestra memoria; si, por el contrario, los dejáis marchar por tortuosos senderos, cuando hombres, os recriminarán.

Conozco padres que se han presentado al maestro conduciendo de la mano a su hijo, para decirle: "Maestro, ocúpese Ud. de mi hijo, que ya yo no puedo con él." ¡Qué mal concepto formará el maestro de semejante padre! Por su mente cruzará la idea de que aquel señor no supo educar aquel hijo. La persona que no sabe educar a sus hijos, no merece llevar el nombre sublime de padre.

Hay padres que han tenido que soportar frases hirientes salidas del labio de su hijo. Por esto, sólo se han limitado a preguntarle: "¿Es esa la manera que te enseñan en la escuela?" ¡Oh, padre de familia, la culpa no es de la escuela; es vuestra! La educación se recibe en el hogar, los padres son los encargados de trasmitirla a sus hijos. El maestro, por lo general, se ocupa de la instrucción. Ellos también procuran inculcar en sus discípulos algunas nociones de educación, pero ésta viene desde la cuna. El niño es como el endeble arbusto: Si lo dejáis crecer doblado desde el principio, nadie más tarde podrá hacer que crezca recto. A vosotros, principalmente, es a quienes está encomendado este sagrado deber. Educad a vuestro hijo para que en el mañana, cuando sea padre de familia, sepa inculcar ese mismo ejemplo a sus hijos. Actuando así, la generación que nos suceda os tendrá que vivir agradecida.

El padre es el factor principal en la educación del hijo. A esta labor debe cooperar tanto el maestro, como la sociedad entera, pues el mundo va en progreso y la civilización de hoy día demanda mayor cultura.

Padres de familia: Anteponed la energía a ese marasmo que os tiene agobiados y llevad a la práctica estas ideas, que aunque no cubiertas con ropajes poéticos, son emanadas de uno que ansía ver pronto el resurgimiento de este pueblo en el que convive, y al que le agradaría ver a la cabeza de los demás en cuanto a progreso se refiere. Que estas ideas no caigan en terreno improductivo.

L. L. B.

(De "Verbo Libre," Cidra.)

CAPITULO III.

EL HOGAR Y LA SOCIEDAD.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

Son tan íntimas, tan vitales las relaciones entre el hogar y la sociedad, que el eminente filósofo Herbert Spencer afirma en una de sus obras: "Y como la sociedad y la familia forman una cosa sola, el desarrollo de la estructura gubernativa de la sociedad fomenta el de la familia."

"Las tribus, en las que la familia es vaga o indeterminada, quedan políticamente desorganizadas." Pero más claro habla aún el gran escritor Samuel Smiles al decir en "El Carácter": "Las maneras de la sociedad, consideradas en su conjunto, no son más que el reflejo de nuestros colectivos hogares, y no son ni mejores ni peores. La civilización no es más que una cuestión de educación individual, y la sociedad será más o menos civilizada, según que las partes que la componen hayan sido más o menos bien educadas durante la juventud."

Según enseñan estos notables autores, el hogar es a la sociedad lo que el germen al fruto. Plantad buenas semillas, y tendréis una excelente cosecha. Formad buenos hogares, y tendréis una buena sociedad. La sociedad no es más que una suma integrada por muchos sumandos que se llaman hogares. Hogares cultos, santos y prósperos constituirán una sociedad culta, santa y próspera. Por consiguiente, reformar la sociedad no es más que reformar sus hogares.

El amor a la patria es hijo del amor a la familia. El patriotismo no es más que la irradiación de la lámpara

EL REUMATISMO se alivia eliminando el ácido úrico. SAL HEPATICA es un disolvente y eliminante del ácido úrico y corrige los desórdenes intestinales. Use la SAL HEPATICA y goce de la salud. Pida la legítima y original

SAL HEPATICA
de Bristol Meyers Co., N. Y.
Portico Corporation,
Agentes Exclusivos,
PONCE, PUERTO RICO.